



V.

ACABABAN de formar barricadas en todas las entradas de *La Voreux*, y los veinticinco soldados, con los fusiles en su lugar descanso, defendían la única puerta que quedaba libre, y que conducía á la entrada de las oficinas y al departamento de las máquinas, por una escalerilla estrecha, donde se abrían las puertas del cuarto de los capataces y de la barraca. El capitán les había formado en dos filas, apoyándolos contra la pared, para evitar que pudiesen ser atacados por retaguardia.

Al principio, el grupo de huelguistas llegado del barrio de los obreros se mantuvo á cierta distancia. Serían, cuando más, treinta ó treinta y cinco.

La mujer de Maheu, que iba delante, despeinada, medio desnuda, con Estrella dormida en los brazos, gritaba con voz febril:

—¡Que nadie entre ni salga! ¡Es menester cogernos á todos ahí, sin que se escape ni uno!

Maheu aprobaba las palabras de su mujer en el momento en que el tío Mouque llegaba de *Requihart*. Quisieron impedirle que pasara. Pero él se defendió, diciendo que los caballos tenían que comer, y añadiendo que le era indispensable ir á sacar uno que precisamente había muerto el día antes. Esteban sacó del apuro al mozo de cuadra, á quien los soldados dejaron entrar. Al cabo de un cuarto de hora, el grupo de mineros, ya mucho más numeroso, vió abrir la puerta grande y aparecer unos cuantos hombres que arrastraban un caballo muerto, el cual abandonaron sobre la nieve medio deshelada. La sorpresa de los huelguistas fué tal, que no les impidieron volver á entrar y formar de nuevo la barricada que defendía aquella puerta.

Todos habían conocido al caballo.

—Es *Trompeta*, ¿no es verdad?—se decían unos á otros.—Es *Trompeta*.

Y era, en efecto, *Trompeta*, que no había podido acostumbrarse á vivir en aquellos subterráneos, y desde algunos días antes presentaba síntomas de enfermedad grave. Aun cuando Mouque lo avisó con tiempo al capataz mayor, nadie hizo caso, porque ¿qué importaba que se muriese un caballo en aquellos momentos verdaderamente difíciles, durante los cuales cosas más serias preocupaban la atención? Pero, una vez muerto, fuerza era sacarlo de allí. El día antes, el mozo de cuadra y otros dos

hombres habían pasado un gran rato atando convenientemente á la bestia muerta, y aquella mañana, en cuanto Mouque llegó, procedieron á la operación de sacarla de la mina.

Allí, ante el cadáver de *rompeta*, continuaban los huelguistas, sombríos y amenazadores, aunque sin pasar á vías de hecho.

Mas de pronto, otro grupo numeroso llegó del barrio; al frente de él iba Levaque, seguido de su mujer y de Bouteloup, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Mueran los belgas! ¡Fuera los extranjeros! ¡Mueran, mueran!

Todos se precipitaban de tal modo, que Esteban tuvo que intervenir. Acercóse al capitán, un joven alto, arrogante, de simpáticas fisonomía, que representaba veintiséis ó veintiocho años, y que en aquel momento tenía una expresión triste, pero resuelta. El obrero le explicaba los antecedentes todos del asunto, y trataba de conquistarlo para su causa, siguiendo con atención el efecto que producían sus palabras en el semblante del joven oficial. ¿A qué provocar una matanza inútil? ¿Acaso no estaba la razón y la justicia de parte de los mineros? Todos eran hermanos, y debían, por lo tanto, entenderse. Al oír la palabra república, el capitán no pudo contener un movimiento nervioso; pero conservó su aspecto de militar rígido, y exclamó bruscamente:

—¡Marchaos, si no queréis obligarme á cumplir con un deber sagrado!

Tres veces insistió Esteban en sus explicaciones. Detrás de él, los huelguistas, en ademán amenazador, esperaban, dando ya muestras de impaciencia. Corría el rumor de que el señor Hennebeau se hallaba en la mina, y se hablaba de ahogarlo allí, para que no cometiese más injusticias. El rumor era inexacto; no estaban allí más que Negrel y Dansaert, los cuales se asomaron á la ventana de la oficina; el capataz mayor se ocultaba detrás de su jefe, porque no había olvidado su desagradable aventura con la mujer de Pierron; pero el ingeniero paseaba osadamente sus miradas por el grupo de amotinados, sonriendo con aquel desdén que le era característico, tanto cuando se trataba de hombres, como cuando se trataba de cosas. Los revoltosos empezaron á chillar, y el ingeniero y el capataz tuvieron que retirarse de la ventana. Entonces se vió en lugar de ellos la cara de Souveraine. Precisamente estaba de servicio.

—¡Marchaos!—gritó el capitán con voz imperiosa.—Nada tengo que escuchar; he recibido órdenes de que guarde la mina, y á todo trance la cumpliré... No os acerquéis á la tropa, ó me veré obligado á rechazaros por la fuerza.

A pesar de la firmeza de su voz, cierta inquietud, que por momentos aumentaba, le hacía palidecer, viendo que el grupo de revoltosos era cada vez mayor y adoptaba una actitud provocativa. Debían relevarle á las doce; mas temiendo que no podría sostenerse hasta aquella hora, acababa de pe-

dir refuerzos á Marchiennes, por medio de un chiquillo de la mina.

A sus palabras, los amotinados contestaron con gritos furiosos:

—¡Mueran los extranjeros! ¡Abajo esos belgas!... ¡Queremos ser los amos en nuestra tierra!

Esteban retrocedió desesperado. Había llegado el momento de batirse y de morir. Dejó de oponerse á la voluntad de sus amigos, y las turbas de huelguistas avanzaron hacia los soldados. Eran los revoltosos unos cuatrocientos, y á cada instante aumentaba este número con los habitantes de otros barrios, que acudían presurosos y en ademán hostil. Todos decían lo mismo; Maheu y Levaque lo repetían sin cesar, dirigiéndose á los soldados:

—¡Huid! ¡No va nada de esto contra vosotros!

—Nada de esto os importa—gritaba la mujer de Maheu;—dejad que nosotros arreglemos nuestras cosas.

Y detrás de ella, la mujer de Levaque añadía con más violencia aún:

—¿Tendremos qué mataros para pasar? ¿No se os está diciendo que os vayáis?

La voz de Lidia se oía también, insultando á los militares.

A pocos pasos de allí, Catalina miraba y escuchaba con cara de idiota, á la vista de aquellas nuevas violencias, en medio de las cuales la arrojaba su mala suerte. ¿No era, acaso, bastante lo que sufría? ¿Qué falta había cometido para que la desgra-

cia se ensañase así contra ella? El día antes no comprendía las violencias de la huelga, diciendo que, cuando lleva una en este mundo su parte de golpes y malos tratamientos, no hay para qué buscar más; y aquella mañana su corazón sentía cierta necesidad de odiar: recordaba las palabras de Esteban en las veladas del otoño, y procuraba oír lo que entonces decía á los soldados.

Los llamaba compañeros, hermanos; les recordaba que también ellos pertenecían al pueblo, y que, por lo tanto, debían estar al lado del pueblo y contra los eternos explotadores de las desdichas de éste.

En aquel momento, y con motivo de la aparición de una vieja, hubo gran movimiento de agitación entre las turbas. Era la *Quemada*, horrible como siempre, con el cuello y los brazos al aire, y con los escasos cabellos grises caídos sobre la frente, por efecto de la velocidad de su carrera.

—¡Ah! ¡Por vida de Dios, ya estoy aquí!—balbuceó casi sin poder hablar.—¡El canalla de Pierron me había encerrado en la cueva!

Y sin esperar á nadie, se acercó á los soldados, con la boca llena de espuma y vomitando todo género de insultos y de improperios.

—¡Canallas! ¡Atajo de granujas! ¡Bribones, que laméis las botas de los jefes, y que no sois valientes más que contra el pobre pueblo!

Entonces las demás mujeres se unieron á ella, y los insultos llovieron. Algunos gritaban todavía:

«¡Vivan los soldados! ¡Muera el oficial!» Pero pronto no se oyó más grito que: «¡Abajo los pantalones colorados!» Los militares, que habían escuchado en silencio, impasibles, los llamamientos á la fraternidad, y las amigables tentativas de inteligencia, guardaban la misma actitud ante las injurias soeces que se les dirigían. El capitán, que estaba detrás de ellos, sacó la espada; y como la muchedumbre los acosaba cada vez más, amenazando aplastarles contra la pared, mandó calar bayoneta. Obedecieron en seguida con admirable precisión, y una doble fila de puntiagudos aceros se dirigió al pecho de los huelguistas.

—¡Ah, los miserables!—rugió la *Quemada*, retrocediendo.

Todos volvían á la carga, despreciando la muerte. Las mujeres se precipitaban delante, capitaneadas por la de Maheu y la de Levaque, que no dejaban de chillar.

—¡Matadnos, matadnos! A pesar de todo, hemos de defender nuestro derecho.

Levaque, á riesgo de cortarse las manos, había cogido tres ó cuatro bayonetas por la punta, y tiraba de ellas como para arrancarlas de los fusiles, mientras Bouteloup, arrepentido de haber acompañado á su amigo, se retiraba prudentemente á un lado.

—¡Andad, andad, y veréis—repetía Maheu.—Atrevéos á ser valientes!

Y desabrochándose la chaqueta y desgarrando la

camisa, les presentaba el pecho desnudo. Se apoyaba contra las puntas, obligando á los soldados á retroceder un poco para no pincharle. Una bayoneta le hizo un rasguño, y al ver la sangre, se puso fuera de sí, y se empeñó en clavársela más para acabar de una vez.

—¡Cobardes! ¡No os atrevéis... porque hay detrás de nosotros diez mil hombres! ¡Conque ya podéis matarnos, que no nos acabamos tan pronto!

La situación del destacamento iba siendo realmente muy crítica, porque tenían orden terminante de no hacer uso de las armas sino en el último extremo. ¿Y cómo impedir que aquellos exaltados se arrojaran sobre ellos? Por otra parte, iba disminuyendo la distancia á que se hallaba de las turbas, y los soldados estaban ya contra la pared, de suerte que les era imposible retroceder más. Aquel puñado de hombres resistía bien, sin embargo, contra la marea de huelguistas que continuaba subiendo, y ejecutaba con rapidez y precisión las órdenes de su capitán. Este sólo temía enfurecerse ante tanta injuria, y que se enfureciesen sus subordinados, porque, en ese caso, el derramamiento de sangre era inevitable. Había allí un sargento joven, un muchacho alto y nervioso, cuyos párpados se agitaban hacía rato de un modo amenazador. Junto á él, un soldado viejo, encanecido en veinte campañas, se puso densamente pálido al ver que le sujetaban la bayoneta, como si fuese una escoba. Otro, un recluta sin duda, que no había dejado aún el

pelo de la dehesa, se ponía muy colorado cada vez que le dirigían una frase insultante. Y las violencias no cesaban ni disminuían; los puños amenazadores seguían embistiendo á los soldados; las palabrotas groseras, las injurias de todo género, llovían sin parar, y, si bien no les pegaban, las amenazas de los mineros equivalían á una lluvia de bofetadas. Era necesaria toda la fuerza de una consigna para que los soldados se contuvieran, permaneciendo en aquella actitud, encerrados en ese silencio entre triste y altanero propio de la disciplina militar.

Una catástrofe parecía inminente, cuando de pronto se abrió la puerta y apareció el capataz Richomme, con su cabeza blanca, conmovido por emoción violenta. El bueno del viejo hablaba en voz alta.

—¡Por vida de Dios, que esto acaba por cansar! ¡Es imposible permitir tales locuras!

É interponiéndose entre las bayonetas y los amotinados:

—¡Compañeros!— exclamó. — ¡Escuchadme!... Ya sabéis que soy un antiguo obrero, y que al ascender no dejé de ser nunca amigo vuestro. Pues bien: os prometo, por mi vida, que si os hacen alguna injusticia, yo seré quien diga cuatro verdades á los jefes... Pero esto es demasiado, y no hay para qué ponerse roncos gritando insultos y desvergüenzas á estos buenos muchachos, obligándoles á que hagan fuego.

Todos lo oían, y todos titubeaban. Por desgracia, arriba en la ventana, apareció la cara burlona de Negrel, quien sin duda temía que lo acusaran de enviar un capataz á restablecer el orden, en vez de bajar él mismo; y el ingeniero trató de hablar. Pero sus voces se perdieron entre un tumulto tan espantoso, que se quitó de la ventana sin hacer más que encogerse de hombros. Desde aquel instante todo fué inútil; por más que Richomme les suplicaba en su nombre, y no por cuenta de nadie, sospechaban de él; pero el pobre viejo, terco como él solo, ni cesaba en sus excitaciones, ni se quitaba de en medio.

—¡Por vida de!... ¡Que me rompan la cabeza como á vosotros; pero no me voy de aquí mientras no seáis razonables!

Esteban, á quien el viejo suplicaba que le ayudase para restablecer la calma, le contestó con un gesto desesperado de impotencia. Ya era muy tarde, porque la turba se componía lo menos de quinientas personas. Estaban furiosos, y decididos á no permitir que trabajaran los obreros belgas; un poco más allá se veía un grupo de curiosos: algunos que habían ido á presenciar el espectáculo.

Entre ellos se hallaban Zacarías y Filomena, tan tranquilos y tan convencidos de que todo ello era una broma, que llevaban á sus hijos en brazos. Por el camino de *Requillart* llegó otro grupo numeroso de amotinados, del cual formaban parte la

Mouquette y su hermano; éste se reunió en seguida con su amigote Zacarías, mientras élla, entusiasmada, se colocó en primera fila, al lado de los revoltosos.

El comandante del destacamento volvía la cabeza á cada instante, mirando hacia Montson. El esfuerzo que había pedido no llegaba, y sus veinticinco hombres ya no podían resistir más.

Por fin se le ocurrió intimidar á la muchedumbre, y mandó cargar los fusiles. Los soldados obedecieron; pero la agitación, lejos de disminuir, iba en aumento; las fanfarronadas y las burlas se hicieron más graves é insistentes por parte de las mujeres, mientras los hombres meneaban la cabeza con aire de duda. Ninguno creía que podían hacer fuego.

—Son cartuchos sin bala,—dijo Levaque.

—¿Somos nosotros cosacos? —gritó Maheu.—
¡No se asesina á los franceses sin más ni más!

Otros añadían que, habiendo sido soldados, y habiéndose batido en Crimea, no tenían miedo á las balas. Y todos continuaban amenazando á los pobres hombres que componían el destacamento. Si en aquel instante hubieran hecho una descarga, á buen seguro que las desgracias habrían sido numerosísimas.

La Mouquette, en primera fila, se desgañitaba furiosa, creyendo que los pantalones colorados querían agujerear el pellejo á las mujeres. No sabiendo ya cómo injuriarles, recurrió á enseñarles su

parte posterior, como hacía siempre que quería demostrar su supremo desprecio.

Una hilaridad espantosa se produjo entonces: Braulio y Lidia no podían más de risa, y el mismo Esteban, á pesar de su carácter, aplaudió al ver aquella desnudez insultante. Todos, amotinados y curiosos, reunidos, se reían de los soldados, sin saber ya qué improperios dirigirles; solamente Catalina, un poco retirada de allí, subida sobre unos tablones, contemplaba todo aquello, silenciosa, sombría, sintiendo que la sangre se le subía á la cabeza, y que el corazón se le inundaba de odio hacia la humanidad entera.

Prodújose en aquel momento una agitación enorme. El capitán, para calmar á sus soldados, se decidió á hacer unas cuantas prisiones. La Mouquette dió un salto huyendo, y retrocedió hasta colocarse en medio del grupo. Tres mineros, entre los cuales estaba Levaque, fueron cogidos por los soldados, y encerrados en el cuarto de los capataces, que servía de cuerpo de guardia. Negrel y Dansaert, desde la ventana, gritaban al capitán que entrara y cerrase la puerta; pero el joven militar no quería hacerlo, comprendiendo que las turbas echarían abajo las puertas, entrarían allí, y lo harían pasar por el desdoro de verse desarmado. Ya los soldados gruñían de impaciencia, porque no era cosa de huir ante aquellos cuantos descamisados. Los veinticinco hombres volvieron á formar, y con los fusiles preparados esperaron la arremetida de los grupos.

Estos retrocedieron un poco, y hubo en aquel instante un silencio sepulcral. Los huelguistas, asombrados de haber visto hacer prisioneros, estaban sobrecogidos. Pero esto duró muy poco, y pronto comenzó nuevamente el vocerío y las reclamaciones de que soltasen á los presos, pero que los soltasen inmediatamente. No faltó quien dijo que los estaban matando allí dentro. Y sin ponerse de acuerdo, sin que nadie lo mandase, obedeciendo al mismo impulso, á la misma necesidad de venganza, todos se dirigieron á los montones de ladrillos que había en la plataforma para las necesidades de la mina. Los chicos los llevaban uno á uno; las mujeres se llenaban la falda. Pronto tuvo cada cual suficientes municiones á sus piés, y comenzó la batalla á pedradas.

La *Quemada* tiró el primer ladrillo. La mujer de Levaque se recogía las mangas del vestido, y como estaba tan gorda, tenía necesidad de acercarse, á fin de que sus pedradas llegaran á los soldados, á pesar de las advertencias de Bouteloup, el cual procuraba quitarla de allí, con la esperanza de llevársela á casa, ya que su marido estaba á la sombra. Todos se hallaban excitadísimos; la *Mouquette* tiraba los ladrillos enteros, por no tomarse el trabajo de partírselos. Los chiquillos no se quedaban atrás. Braulio enseñaba á Lidia á tirar las piedras por debajo del brazo. Aquello era una granizada espantosa, que producía un ruido terrible al estrellarse las piedras contra la pared. De pronto,

en medio de aquellas furias, vióse á Catalina con los dos brazos en alto, con medio ladrillo en la mano, para tirarlo con todas sus fuerzas. Sin saber por qué, sentía que la ahogaba el odio, la necesidad de matar á todo el mundo. Así acabaría también la vida suya, tan llena de desdichas. Estaba horrorizada, pensando que su querido la había echado á la calle; que andaba por aquellos caminos de Dios sin saber á dónde ir, sin atreverse á pedir un pedazo de pan en casa de su padre, el cual no tenía tampoco que comer. Las cosas no mejorarían nunca; por el contrario, iban de mal en peor; por eso rompía ladrillos y los tiraba, con el propósito de hacer todo el daño posible, con los ojos tan inyectados en sangre, que ni siquiera veía contra quién tiraba.

Esteban, que había permanecido en primera fila, casi delante de los soldados, estuvo á punto de verse con la cabeza rota, y se estremeció cuando al volver comprendió que aquella piedra que acababa de rozarle la oreja había sido lanzada por Catalina; y, con riesgo de que lo matasen, no se movía, y continuaba contemplándola. Otros muchos, enardecidos por la lucha, se olvidaban del peligro, también expuestos á morir de una pedrada más bien que de un tiro. El hijo de Mouque juzgaba de las pedradas, de la habilidad de los tiradores, con la misma calma que si estuviese presenciando una apuesta.

—¡Oh! ¡ese ha acertado! ¡ese otro, mal!—decía.

Y bromeaba, dando codazos á Zacarías, que se peleaba con su mujer porque no había querido tomar en brazos á los chicos, que se empeñaban en que los empinasen para ver mejor. Allá á lo lejos, en el camino, veíanse muchos grupos de curiosos también, que no querían perder el espectáculo. Y más allá, en lo alto de la cuesta, á la entrada del barrio de los obreros, acababa de aparecer el viejo *Buenamuerte*, apoyado en un bastón, inmóvil y pensativo.

Cuando tiraron las primeras piedras, el capataz Richomme se volvió á interponer entre los soldados y los amotinados. Suplicaba á unos, exhortaba á otros, sin cuidarse del peligro, tan desesperado, que lloraba de rabia. El tumulto era tan grande, que nadie le oía; veíanse solamente sus ademanes y el temblor nervioso que agitaba sus largos bigotes grises.

La granizada de piedras iba en aumento; los hombres, lo mismo que las mujeres, cada vez más exaltados, no parecían dispuestos á detenerse.

De pronto la mujer de Maheu echó de ver que su marido se había quedado atrás, y que, con las manos vacías y densamente pálido, contemplaba en silencio aquella escena.

—¿Qué tienes, di?—exclamó.—¡Cobarde! ¿Vas á permitir que se lleven presos á tus compañeros?... ¡Ah! ¡Si no tuviese en brazos á la niña, ya verías de lo que era capaz!

Estrella, que estaba agarrada á su cuello y llo-

rando desesperadamente, la impedía reunirse á la *Quemada* y á las demás; y como su marido no pareció hacerle caso, le acercó ladrillos con los pies.

—¡Vive Dios! ¿Coges eso, ó no? ¿Tendré que escupirte á la cara delante de la gente, para que no seas cobarde?

Maheu se puso muy colorado, y, cogiendo los ladrillos y haciéndolos pedazos, empezó á tirarlos también. Ella le animaba y le exaltaba, gritándole palabras de muerte y exterminio; y él, aturdido, avanzando, avanzando, se encontró enfrente de los fusiles.

Los soldados casi desaparecían bajo aquella espantosa granizada. Afortunadamente, casi todas iban altas y se estrellaban contra la pared. ¿Qué hacer? La idea de volver la espalda, de huir, ponía rojo de vergüenza al capitán; pero ni aun la huída era posible, porque los hubiesen acribillado en seguida. Una piedra, un ladrillo acababa de romperle la visera del kepis; de la frente le brotaba la sangre. Varios de sus soldados estaban ya heridos, y comprendía que todos iban poniéndose fuera de sí á causa de ese desenfreno instintivo de la defensa personal, en el que se pierde la obediencia militar; el sargento había dejado escapar una exclamación de rabia al sentirse destrozado el hombro por una pedrada. Un recluta había recibido ya tres ó cuatro arañazos; la mano le chorreaba sangre, y la contusión de una rodilla le atormentaba. ¿Era posible sufrir más? En aquel momento, un veterano

de encanecido bigote recibió una pedrada en el pecho, y, enrojecido de cólera, fuera de sí, se echó el fusil á la cara. Dos veces el capitán estuvo á punto de mandar hacer fuego; pero la voz se le ahogaba en la garganta por efecto de la lucha interior que en él se había entablado entre sus opiniones y su deber, entre sus creencias de hombre y sus obligaciones de soldado. Las piedras mendedaban: ya abría el joven la boca, ya iba á decir «¡Fuego!» cuando los soldados dispararon los fusiles espontáneamente: primero fueron tres tiros, luego cinco, luego un fuego graneado; después, transcurridos algunos minutos de profundo silencio, una descarga cerrada.

El estupor fué general. Habían hecho fuego, y las turbas, asombradas, se negaban todavía á creerlo. Pero pronto se oyeron gritos de angustia y de dolor lanzados por los heridos, en tanto que la corneta tocaba «alto el fuego.» El pánico fué extraordinario; los huelguistas, locos de pavor, corrían, atropellándose unos á otros, fuera de sí, no pensando más que en salvar el pellejo, con ese egoísmo brutal de los momentos de gran peligro.

Braulio y Lidia habían caído uno encima de otro en la primera descarga; élla herida en la cara, y el niño con un hombro atravesado por una bala. La muchacha quedó muerta instantáneamente; pero él, que aún alentaba y se podía mover, la estrechó con ambos brazos en las convulsiones de la agonía, como si quisiera hacerla suya del mismo modo que

la hiciera la noche antes, allá en el fondo de su escondite. Precisamente Juanillo, que llegaba en aquel instante corriendo, con la lengua fuera, desde *Requillart*, distinguió el grupo á través del humo que empezaba á disiparse, y llegó á tiempo para ver aquel abrazo y á su mujercita espirante.

Los otros tiros alcanzaron á la *Quemada* y al capataz Richomme. Este, herido por la espalda cuando se hallaba exhortando á los amotinados, había caído de rodillas primero, y después resbaló hasta el suelo, donde quedó inmóvil, con los ojos llenos aún de las lágrimas que acababa de derramar. La vieja cayó también herida como por el rayo, sin tener tiempo más que de exhalar un gemido apagado.

Luego la descarga cerrada fué á castigar á los curiosos que se refan de todo aquello. Una bala penetró por la boca del hijo de Mouque, y le dejó muerto á los piés de Zacarías y de Filomena, cuyos chicos fueron salpicados de sangre. En el mismo momento la Mouquette caía herida por dos balas, que le entraron por el vientre. Al ver á los soldados apuntando con sus fusiles, olvidó sus rencores, y se precipitó hacia Catalina para decirle que tuviese cuidado; no tuvo tiempo, porque antes de empezar á hablar cayó bañada en su propia sangre. Esteban acudió en su auxilio, y quiso llevársela de allí; pero la pobre hacía señas de que todo estaba concluído para élla. Luego espiró, sin dejar de sonreír y de mirar cariñosamente al uno y á la otra,

como si se alegrase de verlos reunidos, cuando ella abandonaba el mundo para siempre.

Todo parecía concluído: el estrépito producido por los tiros fué á perderse allá á lo lejos; el eco repitió el ruido del último disparo hecho por alguno que no había oído tocar «alto el fuego.»

La Maheu se agachaba con aire de idiota.

—Oye, levántate—dijo.—¿No es verdad que no es nada?

Y como tenía las manos ocupadas con Estrella, tuvo que ponérsela debajo del brazo, para levantar la cabeza de su marido.

—¡Habla, por Dios! ¿Dónde te han herido?

Tenía los ojos en blanco, y la boca llena de sanguinolenta espuma. La pobre lo comprendió todo; estaba muerto. Y, sentándose en el suelo, con su chiquilla debajo del brazo, como si fuese un lío de trapos, permaneció inmóvil, con cara de idiota, contemplando el cadáver del pobre Maheu. La mina estaba libre. Con un movimiento nervioso, el capitán se quitó y volvió á ponerse el kepis que le había roto una piedra; y su rigidez militar no se alteró en lo más mínimo ante aquel desastre, que era el más grave de su vida.

Sus soldados, entre tanto, sin decir palabra, y sin que nadie se lo mandase, volvían á cargar sus fusiles. Viéronse entonces los rostros despavoridos de Negrel y de Dansaert, asomados á la ventana de la oficina. Souveraine se hallaba detrás de ellos; una arruga profunda cruzaba su espaciosa frente,

como si hubiesen impreso allí una idea fija que estaba acariciando desde hacía algunos días. Allá á lo lejos, en lo alto de la cuesta, cerca del barrio de los obreros, el viejo *Buenamuerte* continuaba inmóvil y pensativo, apoyado con una mano en el bastón, y haciendo de la otra una pantalla, para ver mejor cómo mataban á los suyos al pie de la plataforma. Los heridos exhalaban ayes de dolor, los cadáveres iban adquiriendo esa rigidez propia de la muerte, que á nada puede compararse. Y junto á aquellos muertos, el cadáver de *Trompeta*, que parecía enorme al lado de los hombres tendidos en el suelo, semejaba un montón de carne muerta verdaderamente monstruoso.

Esteban no había sido herido. Aún esperaba la muerte, cuando una voz vibrante le hizo volver la cabeza. Era el abate Rauvier, que regresaba de decir misa en el convento, y que en pie, con la cabeza erguida y los dos brazos en alto, con furor de profeta, llamaba la cólera de Dios para castigar á los asesinos. Anunciaba la era de la justicia, el próximo exterminio de la burguesía por el fuego divino, ya que llevaba sus crímenes hasta mandar que asesinasen á los pobres trabajadores, á los desheredados de este mundo.

